

PEÑALVER. Dentro de diez minutos me encontrará usted con los míos en casa de Valdés.

FERNANDO. Allí estaremos dentro de diez minutos. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA IX.

PEÑALVER, CHINCHILLA y EL LACAYO.

Breves instantes de silencio: despues Peñalver tira fuertemente del cordon de una campanilla.

PEÑALVER. El coche. (Al lacayo, que se presenta á la puerta del foro, y en seguida se vá. Peñalver se pone el sombrero.)

CHINCHILLA. ¿Eso quieres hacer? (Acercándose á él con rapidez y asiéndole fuertemente por ambos brazos.) ¿Antes el padre... y ahora el hijo? (Clavando sus ojos en los de Peñalver.) ¿Pero tan indudable es para tí que no hay Dios? ¡Mira, insensato, que le hay!

PEÑALVER. Vamos á verlo. (Dirigese hácia la puerta del foro, poniéndose los guantes. Chinchilla dá un grito y cae en un sillón con terror y como desfallecido.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion que en el tercero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA PRIMERA.

CECILIA y EL LACAYO.

CECILIA. ¿Con que ha salido? (Levantándose el velo del sombrero.)

EL LACAYO. Sí, señorita Cecilia.

CECILIA. ¿Y tardará mucho en volver?

EL LACAYO. Lo ignoro.

CECILIA. Bien, le esperaré.

EL LACAYO. Ahí está ya. (Yendo hácia la puerta del foro.)

CECILIA. Me sentia tan animada, y ahora... (Quédase acobardada á la izquierda, cerca del proscenio.)

ESCENA II.

DICHOS y PEÑALVER.

Peñalver sale bruscamente por la puerta del foro, muy pálido y abatido, con el sombrero puesto.

EL LACAYO. Señor...

PEÑALVER. Ni una palabra. Déjame. (Rápidamente, con tono imperioso. El lacayo baja la cabeza y se vá por la puerta del foro.)

BIBLIOTECA ALFONSO REYES

ESCENA III.

PEÑALVER y CECILIA.

Peñalver se queda inmóvil en el centro del escenario con aspecto sombrío: despues de una breve pausa se quita los guantes maquinalmente.

CECILIA. No me atrevo á decirle nada.

PEÑALVER. (¡En el pecho!... ¡Muerto quizá!...)(Se quita el sombrero, quedándose con él en la mano izquierda, y se pasa repetidas veces la derecha por la frente.)

CECILIA. ¡Está muy inquieto! ¿Será nuestra ausencia lo que le aflige? (Peñalver dá algunos pasos por la escena y luego se detiene de pronto, apoyándose en un mueble.)

PEÑALVER. ¡Oh, aqui se ahoga uno! (Corre hácia la ventana: la abre violentamente de par en par y respira con fuerza. Luego se vuelve hácia la izquierda y vé á Cecilia.) ¡Mi hija! (Con terror.)

CECILIA. ¡Papá! ¡Papá de mi alma! (Corre hácia él, le abraza y lo mira con mucha ternura llorando.)

PEÑALVER. ¡Tú aquí! ¿Por qué has venido?... ¿Sabes algo? ¿Ocur-re algo?... (Reprimiéndose y mirándola con angustia.)

CECILIA. Nada, papá, nada; sino que ya se me habian agotado las lágrimas: ya se me habia agotado el valor... Y á mamá tambien... Y pues... he venido... Y no hay mas.

PEÑALVER. (¡No, aun no lo sabe!) (Dando un fuerte respiro.)

CECILIA. ¡Y muy buen miedo que he pasado!

PEÑALVER. Si, con efecto, estás azorada, trémula. (Haciendo que se siente. Cecilia se quita el sombrero y lo pone encima de la mesa.) Tampoco yo me habia olvidado de tí. (Sentándose en un taburete delante de su hija.) Mira: ya tenia reunidas tus joyas para enviártelas en cambio de las violetas.

CECILIA. Gracias, muchas gracias. (Asiéndole una mano.) Pero yo quisiera... quisiera algo mas.

PEÑALVER. ¿Qué? habla. (Mirando á una y otra parte y escuchando con inquietud.) Esa ventana abierta... Corre un aire tan frío... (Se levanta, cierra la ventana y vuelve al lado de Cecilia.) Vamos, habla.

CECILIA. Oh, si: esta buena acogida me hace esperar... Por-

que veo que me quieres de veras. (Levantándose.)

PEÑALVER. ¡Si; te quiero... te idolatro!... Déjame abrazarte. (La abraza con gestos y ademanes de dolor.)

CECILIA. ¡Qué gusto, papá de mi vida! Mamá empeñada en que no habia de venir, y yo le decia: no seas terca... veremos lo que sale... Tengo por indudable que él padece como nosotras.

PEÑALVER. Si... padezco... (Con voz sorda como consigo mismo.)

CECILIA. Tengo por indudable que estos dias de soledad le habrán hecho conocer cuanto nos amaba... sin saberlo quizá. Los hombres no suelen medir bien la fuerza de los lazos con que estan atados á su hogar, á su familia, á sus dulces costumbres de cada dia y cada hora. Pero euando se haya visto el pobre tan solo en aquella casa abandonada, cuando haya echa-do de menos el rumor familiar que á cada instante le decia, aquí hay alguien que vive por tí y para tí; aquí hay un consuelo si padeces, una sonrisa si eres feliz, una caricia si la deseas... Ah, ¿lloras?... ¡Lloras! ¡Mira si tenia yo razon! (Estrechándole las manos muy conmovida.)

PEÑALVER. En fin... explícate: ¿qué pides? (Profundamente turba-do.) Tú, lo confieso, puedes alcanzar mucho de mí. Te amo, cierto, mas de lo que yo imaginaba... Y que no quiero que me maldigas. Verdad, hija mia, que tú no maldecirás á tu padre; que no le malde-cirás... nunca... ¿suceda lo que quiera?

CECILIA. ¿Yo? ¡Jesus, papá!

PEÑALVER. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién viene ahí? (Viendo entrea-brirse la puerta del foro y corriendo hácia ella.)

ESCENA IV.

DICHOS y CHINCHILLA.

CHINCHILLA. Perdone usted, señorita... Un negocio urgente. (vio-lentándose para aparentar tranquilidad.) Oye, Antonio, oye una palabra. (Con afabilidad llevándosele aparte.) Llévase usted al punto á su hija. (Muy bajo, cambiando re-pentinamente de tono y aspecto.) ¿Me entiende usted?... Le traen á su casa... Dentro de algunos minutos es-tará aquí. Convenido, ¿eh? (Alto, con afectada jovialidad.)

PEÑALVER. ¡Dios eterno! Bien, si: descuida, amigo mio.
 CHINCHILLA. Pues ya sabes... Abur. (Á Peñalver.) Hasta luego, señorita. (Á Cecilia, y váse por la puerta del foro.)

ESCENA V.

PEÑALVER y CECILIA.

CECILIA. No sucede nada malo, ¿verdad? (Con inquietud.)
 PEÑALVER. ¡Cá! no, hija mia. Un negocio de bolsa muy perentorio...
 CECILIA. Me habia parecido advertir...
 PEÑALVER. ¡Qué tontería!... No... Ni por pienso... (Con ansiedad febril, que se aumenta en él por momentos.) Conque en marcha... ¡No es esto lo que quieres! Pues anda: vamos.
 CECILIA. ¿Á casa de mamá? (Con alegría.)
 PEÑALVER. Si: á casa de tu mamá. Ven. (Dándole el sombrero, que ella toma y conserva en la mano.)
 CECILIA. ¡Qué bueno eres y qué alegría le vas á dar! Pero aguarda un poquito... Ya que te hallo tan bien dispuesto...
 PEÑALVER. ¿Qué se te ocurre? ¿Qué mas quieres? (Prestando atento oído á cualquiera ruido que oye y con impaciencia y turbacion que le dominan por completo.)
 CECILIA. Otra persona hay que ha reñido contigo y que tambien padece mucho.
 PEÑALVER. Si... tu hermano... Bien... Le perdono.
 CECILIA. Otro mas.
 PEÑALVER. ¿Otro? ¿Otro?... No sé... Vámonos... (Sobrecogido de espanto.)
 CECILIA. ¡Él, papá, él! Bastará que yo le diga una palabra para que venga á echarse á tus pies. De fijo bastará. ¿Me permites que se la diga? Oh, si: no me devuelvas á medias la felicidad. ¡Le amo tanto! Y no lo olvidas: le amo con tu permiso. Mira, papá, no lo dudes, sin él yo no puedo vivir. ¡Si le pierdo, te quedarás sin hija, me moriré!
 PEÑALVER. No, Cecilia: no te morirás: ¿verdad que no? Pero ¿quieres que nos vayamos? Tu madre nos espera. (Poniéndole el sombrero y ayudándole á atarse las cintas con manos temblorosas.)

CECILIA. ¿Y él?
 PEÑALVER. ¿Él?... Por el camino hablaremos... ¡Vamos por Dios!
 ¡Ah! (Notando que Cecilia no le escucha y presta atencion al ruido que se oye en la calle.)
 CECILIA. ¿Qué ruido es ese?
 PEÑALVER. ¿Ruido?... no... Lo que es yo no oigo nada.
 CECILIA. ¿Que no?... Gritos confusos... Tropol de gente... Pero ¿no lo oyes? (Dá algunos pasos hácia la ventana. El ruido aumenta y se oye cada vez mas cerca.)
 PEÑALVER. Alguna desgracia tal vez... (Deteniendo á Cecilia con desesperacion.) ¡No vayas á ver eso, Cecilia! ¡No vayas, por piedad!
 CECILIA. Y tú, ¿qué tienes? Si: la gente se agolpa delante de casa. ¿Qué sucede?... ¿Estás desencajado... Tiembblas... ¿Por qué tiembblas?
 PEÑALVER. ¿Yo?... ¿Yo?... (Apoyándose en una silla.)
 CECILIA. ¡Oh! ¡Quiero verlo. (Corriendo á la ventana y abriéndola.)
 PEÑALVER. ¡Hija! ¡Hija! (Llamándola con angustia y sin fuerzas para ir á detenerla.)
 CECILIA. Un coche. (Asomándose á la ventana.)
 PEÑALVER. ¡Hija! (Con acento de súplica como implorando su perdon. Sigue apoyado en la silla.)
 CECILIA. Sacan de él un herido. ¡Ay! (Dá un grito, échase las manos á la cabeza y quedase inmóvil con la vista clavada en lo que acaba de ver.)
 PEÑALVER. ¡Hija! (Hace un violento esfuerzo, y con paso trémulo vá hácia donde está Cecilia. Esta se vuelve de pronto como habiéndolo adivinado toda, y ambos se quedan inmóviles algunos instantes, mirándose el uno al otro. Luego Peñalver dá un paso hácia Cecilia.)
 CECILIA. ¡No me toques! (Apartando de sí á su padre con un gesto de horror y corriendo hácia el lado opuesto de la escena.)
 PEÑALVER. ¡Hija! (Siguiéndola. Luego se detiene.)
 CECILIA. ¡Tú has sido! ¡Tú! (Extendiendo hácia Peñalver un brazo.) ¡Oh! (Dá un grito y cae al suelo sin sentido.)
 PEÑALVER. ¡Mi hijal ¡Mi hijal! (Loco de dolor.) ¡Dios mio! ¡Dios de mi corazon! (Corre á la puerta del foro tropezando con los muebles que enciencra al paso.) ¡Hola! ¡Aquí! ¡Socorro! ¡Chinchilla! ¡Socorro! ¡Socorro! (Gritando.)

vocees
Ruido
Mur

LIBRERIA ALFONSIÑA

ESCENA VI.

PEÑALVER, CECILIA y CHINCHILLA.

Chinchilla sale corriendo por la puerta del foro, comprende con una mirada todo lo que ha pasado y se arroja junto á Cecilia, asistiéndole una mano.

PEÑALVER. ¿Está muerta?... Háblame... No sé dónde estoy... ¡No veo!...

CHINCHILLA. No; pronto volverá en sí. Pero ¿quieres creerme? Que al abrir los ojos no te halle delante. Huye. Vete.

PEÑALVER. ¡Cómo! ¿Que me vaya? ¿Que me separe de mi hija... enferma... quizá moribunda?... (Balcón y como fuera de sí.)

CHINCHILLA. Y cuando despierte, desdichado, ¿qué la vas á decir? (Levantándose.)

PEÑALVER. Bien, si... calla... tienes razon... Si... me voy... Calla... ¡Mi hija!... Me voy... Si, si... Me voy... Me voy... (Se aleja con paso tardo y trémulo andando maquinalmente hácia atrás y repitiendo las mismas palabras como si hubiera perdido el juicio: luego vacila, se detiene para no caer, cobra aliento y sigue andando y hablando de igual modo hasta que desaparece por la puerta del foro. Chinchilla entre tanto vuelve al lado de Cecilia y la levanta desmayada.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion muy modesta. Jarros con flores. Mesa pequeña con un canastillo. Puerta en el foro y otra á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA.

Tiene en la mano una labor empezada y está junto á la puerta de la derecha escuchando con precaucion.

Nada oigo todavía, y no me atrevo á despertarla. ¡Qué impaciencia! (Se acerca á la mesa y saca del canastillo una carta.) Esta carta me abrasa la mano. Pero no la he de abrir. ¡Quiero que sea para mamá el primer alegion! ¡Pobre mamá mia!

ESCENA II.

CECILIA y CHINCHILLA.

Sale por la puerta del foro.

CECILIA. Hola, señor Chinchilla. (Corriendo con jovialidad á dar la mano á Chinchilla.) Cuánto cerebro verle á usted tan de mañana.

CHINCHILLA. ¿Pero usted me esperaba sin duda? ¿Sin duda le ha

FRANCISCA ALFONSIÑA

brán anunciado á usted mi visita?

CECILIA. No. ¿Por qué?

CHINCHILLA. ¿De veras, usted no sabe nada?

CECILIA. No. Pues ¿qué hay?

CHINCHILLA. Eso es lo que yo quisiera saber. ¿Y la mamá? ¿Puedo verla?

CECILIA. Creo que aun no se ha levantado. ¡Esperándola estoy con una impaciencia!... No he querido quitarle el sueño, porque ha de hacerle mucho bien. Mas de cuatro meses há, esta es la primera vez que duerme con sosiego. ¡Y para cuando despierte le tengo preparada una sorpresa tan agradable! Mire usted. (Enseñándole la carta.)

CHINCHILLA. ¿De Tetuan? (Con viveza.)

CECILIA. Sí.

CHINCHILLA. ¿De su hermano de usted?

GARCIA. Sí.

CHINCHILLA. ¡Alabado sea Dios! Ese inexplicable silencio... ¿de cuánto? De muy cerca de un mes... Si... Desde tres días antes de la batalla de los campamentos, me hacía á mí poquísima gracia.

CECILIA. ¡Pues y á nosotras! Por mas que nos decían en el Ministerio que vivía, que estaba en Tetuan, que sus cartas debían haberse perdido... Este nuevo golpe hubiera acabado con mamá. ¡Ah! (Corriendo hácia su madre, que sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

DICHOS y ENRIQUETA.

CECILIA. Buenos días, mamá. (Besándola en la cara.) Has dormido esta noche un poco mejor?

ENRIQUETA. Sí, un poco mejor. ¿Vá bien, amigo mío? (Dando la mano á Chinchilla.) Ayúdeme usted á reñir á esta días se señorita. No me hace caso, y hoy como todos los habrá puesto á trabajar á la primera luz del alba.

CECILIA. Lo que es hoy, antes de que saliera el sol ya estaba yo despierta, y mas alegre que un pájaro. ¡Tenía un presentimiento feliz!

ENRIQUETA. ¡Un presentimiento feliz! ¿Se ha recibido carta?

CECILIA. Presente. (Alargando la carta á su madre.)

ENRIQUETA. ¡De mi hijo! (Tomando la carta.) ¡Vive! ¡Qué bueno es Dios!

CECILIA. ¿No se me paga el porte?

ENRIQUETA. ¡Hija mia! (Besándola.) ¿Y no la has abierto? ¿Has tenido tanto valor?

CECILIA. Ya lo ves. Enterita te la he guardado.

ENRIQUETA. De Tetuan. (Después de haber abierto apresuradamente la carta y fijado en ella la vista.) «Mi querida mamá.» (Leyendo con emoción.) Toma: lee tú... yo no puedo. (Sentándose en una silla.)

CECILIA. «Mi querida mamá: (Arrodillándose junto á su madre y leyendo.) Ya sabrás que hemos tomado á Tetuan. La batalla fué cosa bastante seria. Marchábamos en columna hácia los campamentos del enemigo, y desde sus baterías nos hacían un fuego de cañon horroroso. Te confieso que como bichoño tuve al principio un poquillo de miedo.»

ENRIQUETA. ¡Hijo de mi vida!

CHINCHILLA. ¡Voto al Chápiro verde!

CECILIA. «Pasó pronto; lidié como un buen soldado, y aun tuve la suerte de coger una bandera.»

CHINCHILLA. ¡Bien por el chico!

CECILIA. «Luego me la quitaron á mí.»

CHINCHILLA. ¡Adios, mi dinero!

CECILIA. «Pero yo la volví á coger.»

CHINCHILLA. ¡Pues no faltaba mas sino que nos hubiésemos quedado sin la bandera!

CECILIA. «Con este motivo, recibí muchas felicitaciones de mis jefes, y algo mas. Quiero darte una sorpresa cuando nos veamos, que será el mismo dia que llegue á tus manos esta carta.»

ENRIQUETA. ¿Con que viene?

CHINCHILLA. Haremos repicar las campanas.

ENRIQUETA. Sigue, Cecilia, sigue.

CECILIA. «Estoy muy contento, porque veo que ya sirvo de algo en el mundo, que ya soy capaz de hacer algo por mi patria.»

CHINCHILLA. ¡Así empiezan los héroes!

CECILIA. »¿He tardado algunos dias en escribiros porque?...» (Turbán lose y dejando de leer.)

ENRIQUETA. ¿Está herido?

BIBLIOTECA ALFONSO X

- CECILIA. No... no es nada. Oye. (Con alegría despues de haber recorrido con los ojos algunas líneas.) «Porque el moro que llevaba la bandera tenia mas fuerzas que Sanson.»
- CHINCHILLA. ¡Habrà bárbaro!
- CECILIA. «Y forcejeando con él, me lastimé un poco el brazo derecho.»
- ENRIQUETA. ¡Nos engaña: está herido!
- CECILIA. Lo cierto es que ya no hay cuidado, Verás. «Puesto que me voy á poner en camino, queda fuera de duda que ya me encuentro enteramente bien. Pero creo que no hubieras vuelto á verme, á no ser por un amigo que en veinte días con sus noches no se ha separado ni un solo instante de mi cabecera. Me llevo conmigo y espero que algun afecto ha de merecerte la persona que ha salvado á tu hijo. Espero que tambien le querrá un poco Cecilia.» ¡Vaya si le querré!
- CHINCHILLA. Me parece, me parece que esa persona no es un amigo.
- CECILIA. ¿Pues quién ha de ser?
- CHINCHILLA. Una amiga.
- ENRIQUETA. Chinchilla... (Con tono de dulce reconvencion.)
- CHINCHILLA. ¡Toma! Como de esas cosas se han visto. (Enriqueta coge la carta.)
- ENRIQUETA. «Adios mamá: adios hermanita. Os quiere con toda su alma, vuestro Ricardo.» (Besa la carta y luego á Cecilia.) Crees que ya está bueno, ¿eh? ¿Crees que ya no hay cuidado? Y usted tambien, ¿no es cierto?
- CHINCHILLA. ¿Pues quién lo duda? Harto claramente lo indica el teno de su carta. (Mirando la carta que abierta conserva aun Enriqueta en la mano.) Y mire usted, para mayor seguridad, añade por posdata: «Parto dentro de dos horas. Hasta la vista.» De un momento á otro puede llegar. ¡Y calle usted! Quizá esta carta y el regreso de esa buena alhaja tengan alguna relacion con el motivo que me ha traído tan de mañana á su casa de usted.
- ENRIQUETA. ¿Qué motivo?
- CHINCHILLA. ¿Usted no me esperaba? ¿Usted no sabe nada tampoco?
- ENRIQUETA. No: nada sé.
- CHINCHILLA. ¡Pues señor nadie sabe nada! ¡Estamos lucidos! Y la

- carta de Ricardo no es bastante á explicar... Vamos á ver si entre los tres conseguimos aclarar este misterio: y para ello fuerza será recordar algunos hechos que puedan servirnos de guía en nuestras conjeturas.
- ENRIQUETA. ¿Pero qué misterio es ese? ¿Á qué recordar?...
- CHINCHILLA. Verá usted. Mas ha de cuatro meses que aquel infeliz á quien tanto han querido ustedes, á quien tanto quieren aun á pesar de todo, despues de renunciar su cargo de diputado, que no debió tener por bien adquirido, desapareció repentinamente de Madrid, sin dejarnos indicio alguno acerca de sus intenciones, ni de la razon y término de su viaje. Desde entonces, ni la menor noticia suya. Hay quien supone que se fué á los Estados Unidos y que despues ha hecho que se le envíe allá su dinero.
- ENRIQUETA. ¡Con tal que viva!... ¡Me asaltan á veces unos temores!...
- CHINCHILLA. Descuide usted: la mala yerba nunca muere.
- ENRIQUETA. ¡Chinchilla! (En tono de reconvencion.)
- CECILIA. ¡Señor Chinchilla! (Lo mismo.)
- CHINCHILLA. ¡Esto es una broma! ¡Ya saben ustedes que yo tambien á pesar de todo!... (Enterneciéndose.) Si esos picarones tienen una habilidad para hacerse querer!... Pues como iba diciendo, se afufó y por lo visto Garcia únicamente mereció su confianza. Con los poderes que sin duda le dejó para ello, ha vendido sus fineas y liquidado sus negocios, realizando todo su caudal. Pero el tal Garcia, dijo: en boca cerrada no entran moscas; y no ha sido posible sacarle una sola palabra del cuerpo. Ahí estábamos, cuando dos meses há, ¡pif! tambien Garcia desapareció de Madrid como por ensalmo. Ayer mismo le creía ausente, cuando cántense ustedes que recibo una carta suya rogándome en términos misteriosos que hoy sin falta á las nueve en punto viniese aquí donde se me enteraria de un negocio del mayor interés: y es lo mas peregrino del caso que otra persona... otra persona á quien ustedes tambien conocen mucho, recibia al mismo tiempo que yo una carta enteramente igual á la mia.
- CECILIA. ¿Otra persona?... (Turbada.)

PIPI...
PABITTA ALFONSIKA

CHINCHILLA. Pues, otra persona... Un antiguo amigo... Un herido, que, á Dios gracias, está ya completamente bueno.

ENRIQUETA. ¿Cómo?... ¿El señor Vidal?...

CHINCHILLA. Tenia algun reparo en venir, pero el tono de esas cartas es tan formal y tan imperioso, que me ha parecido conveniente exigirle que venga.

CECILIA. ¿Y vendrá? (Sobresaltada.)

CHINCHILLA. Sin duda ninguna.

CECILIA. ¡Ah! mamá! (Abrazándola.)

CHINCHILLA. Valor, niña, valor. Ya conoce usted al señor Garcia. Es incapaz de querer jugar con su corazon de usted, y cuando él nos hace venir aquí...

~~kerz~~ GARCIA. ¡Vamos, señor Vidal, adentro, y buen ánimo. (Dentro.)

CECILIA. ¡Fernando es! (Con viva emocion.)

CHINCHILLA. ¡Calla! ¡Y tambien Garcia!

ESCENA IV.

DICHOS, FERNANDO y GARCIA.

Fernando está muy pálido y conmovido.

FERNANDO. Perdóneme usted, señora, si vengo á causarle con mi presencia afectos dolorosos. Me han dicho que era aquí necesaria.

GARCIA. Y pronto se convencerá usted de que no le han engañado. Señora, soy siempre de usted con todo el corazon y con toda el alma. (Saludando á Enriqueta con efusion.) Buenos dias, señorita Cecilia. (Acercándose á ella conmovido y sonriendo.) Mucho tiempo hacia que no nos veíamos... ¡Mucho celebros volverla á ver á usted! Pero no se acojojen ustedes tan pronto... reserven ustedes sus fuerzas... llamen ustedes á si todo su valor.

ENRIQUETA. ¿Nuestro valor? ¡Dios mio!

GARCIA. Eh, no hay que asustarse. No digo mas sino que se preparen ustedes á sentir nuevas emociones. Pero tambien hay emociones agradables... ¡Tambien hay lágrimas de gozo! (Como prestando atencion al ruido que se supone estar oyendo, y mirando hácia la puerta del foro.)

CECILIA. ¿Qué hay?

ENRIQUETA. ¡Por favor! ¡En nombre del cielo!...

GARCIA. ¡Señora, abra usted los brazos! (Señalando hácia la puerta del foro.)



ESCENA V.

DICHOS y RICARDO.

Viene con traje militar de campaña muy destrozado, sucio y lleno de polvo: en el pecho la cruz de San Fernando: el brazo derecho en cabestrillo: el rostro muy tostado del sol.

ENRIQUETA. ¡Ah! (Dando un grito y abrazando al mismo tiempo á Ricardo.)

RICARDO. ¡Mamá! ¡Cecilia! (Abrazándolas.)

ENRIQUETA. ¿Con que eres tú, hijo mio? ¿Con que al fin te tengo en mis brazos?... Pero di... ¿estás ya bien? ¿No sientes ya dolor? (Con recelo, tocándole el brazo derecho.)

RICARDO. No, señora. Duelen poco las heridas que se reciben lidiando por la patria.

CHINCHILLA. ¿Y á mí, no se me dice nada, buen mozo?

RICARDO. ¿Señor Chinchilla! ¡Fernando! (Dándole la mano izquierda.)

CECILIA. ¿Y eso? (Tocándole la cruz.)

RICARDO. Esto es un pedazo de mi bandera. (Sonriendo.) Pero... perdona, mamá... no he venido solo.

ENRIQUETA. ¿No?

RICARDO. El amigo de quien te hablaba en mi carta, el amigo que con su infatigable solicitud y con su ternura y con su abnegacion me ha salvado...

ENRIQUETA. ¿Por qué lo dices de ese modo? ¿Por qué lloras?

RICARDO. ¡Ese amigo está aquí!

CECILIA. ¡Aquí!

ENRIQUETA. ¿Dónde?

RICARDO. Mírele usted.



BIBLIOTECA ALFONSIANA

ESCENA VI.

DICHOS y PEÑALVER.

Lleva traje severo: sus facciones estan algo alteradas y denotan circunspeccion y seriedad: su cabeza ha encanecido.

ENRIQUETA. ¡Ah! (Los cuatro en viendo á Peñalver, dan un grito ahogado y manifiestan los diversos afectos en que se agita su corazon. Enriqueta y Cecilia le miran indecisas y turbadas, pero como si quisieran arrojarle en sus brazos: Peñalver las contiene con un ademán.)

PEÑALVER. Enriqueta, no esperaba volverte á ver. (Con reprimida emocion.) Nunca hubiera osado ponerme al alcance de tus ojos. Pero la Providencia, tan bondadosa para conmigo como yo para con ella duro y rebelde, quiere que despues de haberte dado tantos pesares, pueda al fin darte una alegria. Algo he contribuido quizá á conservar la vida de tu hijo. Por el amor de tu hijo, no me rechaces. Lo que he pensado, lo que he padecido junto á su lecho, él te lo dirá. Con el cumplimiento de este deber, en extremo natural y sencillo, no he reparado seguramente la atroz injusticia de que fuiste victima largo tiempo, ni adquirido ningun derecho á un amor de que jamás supe hacerme digno. Pero si no por mí, puesto que á mí nada me debes, por tus hijos te ruego, te pido por Dios que aceptes este anillo, y des licencia de que un sacerdote lo bendiga delante del altar.

ENRIQUETA. ¡Ah! (Toma temblando el anillo que le dá Peñalver. Este le ase dulcemente una mano y se la besa con respeto y ternura.)

PEÑALVER. ¡Gracias! (Dá un paso hácia su hija.) Cecilia, un día, ¡día cruel! se valió la Justicia eterna de tu mano, tan cara á tu padre, para desgarrar mi corazon y abrir en él los sagrados manantiales de la verdad. Justo era que fuese castigado por aquellos mismos sentimientos que me habia complacido en desdeñar y escarnecer. Tambien yo ahora elijo tu mano para curar una de las heridas mas graves que hizo la mia, para reparar una de las mayores faltas de mi existencia. Entrega esto al señor Vidal. (Dá á su hija un

pliego abierto que Cecilia entrega á Fernando. Chinchilla se acerca á Garcia y le interroga con la mirada.)

FERNANDO. ¡Qué veo! (Abriendo y mirando el pliego.) ¡La rehabilitacion de mi padre! ¡Satisfechos todos mis créditos! ¡Dios de bondad!

PEÑALVER. Ya sabeis en qué se han empleado mis bienes. Ahora soy tan pobre como tú, Chinchilla, mas pobre que tú, porque yo por tí nada puedo hacer, y tú aun puedes hacer mucho por mí. Puedes darme una limosna, puedes darme la mano.

CHINCHILLA. La mano y el corazon y... (Con voz ahogada por los sollozos.) Vamos, hombre, que ahora eres tú el que se encarama á las nubes. (Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

FERNANDO. ¿Y yo, no pudiera yo hacer algo por usted? (Con mucha vehemencia.)

PEÑALVER. Usted puede hacerme el bien mayor que ambiciono en la tierra. Diga usted á mi hija... ¡Dígale usted que me abrace! (Dejándose dominar por el sentimiento y llorando.)

CECILIA. ¡Oh! ¡Padre de mi alma! (Arrojándose en sus brazos. Peñalver la estrecha sobré su corazon.)

FIN DE LA COMEDIA.

*Queda representarse
Maragona 29 de Abril de 1861
El censor de teatro
Ant. L. Maragona*

FRANCISCA ALFONSIÑA

6 NA = 10 H

LA NOVELA DE LA VIDA

DE DON ALFONSO

LA NOVELA DE LA VIDA.

FABRILLA ALFONSO

Landro

LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID